

JACINTO, EL DINOSAURIO

La luz del sol de levante iluminaba la gran entrada a la cueva. Jacinto, en lo más profundo de un profundo sueño, escuchó un terrible rugido y despertó sobresaltado. El granuloso rostro de un Tiranosaurio y su aliento fétido le amenazaban a escasos centímetros de la nariz. Asustado por el brillo de los dientes y por la fuente de baba pegajosa que caía de la mandíbula tiranosáurica, Jacinto levantó con urgencia sus más de diez toneladas de cuerpo de Diplodocus y fue a cumplir su misión.

Llegó a un pequeño bosque, prácticamente calcinado y cubierto por una extraña bruma grisácea, que apenas dejaba ver los rayos del sol; donde la hierba y los árboles con hojas verdes escaseaban. Desayunó las ramas más altas de un par de coníferas y se sintió vacío y triste. Era vigilado en la distancia por dos Tiranosaurios hambrientos y excitados. Las tres moles iniciaron un lento y pesado caminar hasta una fortaleza donde se hacinaban más de mil seres humanos en las peores condiciones posibles. Los rugidos, siempre cercanos, siempre presentes de los dinosaurios, amedrentaban a estos seres pequeños que se jugaban la vida cada vez que salían a cazar o a recolectar algún tipo de fruto de la escasa vegetación.

Jacinto se plantó frente a la puerta de madera, dio cuatro formidables topetazos con su inmenso cuerpo y la tumbó. Entró fiero y resuelto en el recinto amurallado, pasó por encima de todas las trampas y agujeros preparados por los hombres y se llevó todo a su paso bramando con una especie de ronco mugido. Frenó en medio de aquel asqueroso lugar de pequeñas cabañas malolientes y observó: hombres, mujeres, ancianos y niños corrían entre chozas infectas rodeadas de heces, orines, un cuerpo de tiranosaurio a medio devorar y multitud de ratas en descomposición. Vestían sucios y malolientes harapos de cuero. Casi todos huían hacia ningún lugar. El griterío era ensordecedor. Aunque sabían que los Diplodocus no comían carne todos se espantaban ante la posibilidad de ser aplastados por la larga cola y la oronda panza. Unos se defendían con lanzas mal afiladas y apenas incordiaban la firmeza de piel de Jacinto, otros trataban de calmarlo ofreciendo sacas de hierba reseca que rechazaba. Tras unos cuantos berridos, sustos y carreras, Jacinto logró expulsar del fuerte a un pequeño grupo de hombres, mujeres y niños abrazados entre sí. Eran veinticinco. Pensó que serían suficientes para mantener contentos a los crueles Tiranosaurios que lo habían convertido en un recolector de seres humanos. Era el encargado de expulsarlos cada cierto tiempo

de las tres fortalezas que había en varios kilómetros a la redonda y conducirlos hasta un gran claro del bosque a base de bramidos y amenazas. Una vez allí, serían zampados sin misericordia por más de diez Tiranosaurios que aguardaban ansiosos el momento de un festín con la carne más apetitosa y fresca que podían permitirse en aquellos desoladores días. Jacinto vivía con la constante amenaza de muerte de este pequeño grupo de Tiranosaurios que como él formaban parte de los últimos dinosaurios supervivientes a la gran explosión. Era su trabajo, su rutina y cada día estaba más cansado y abatido. ¡Qué otra cosa podía hacer! Ser el abrelatas del fuerte o ser devorado: ese era su futuro.

En el lento camino del grupo hacia el bosque uno de los hombres, el mejor vestido, paró frente a Jacinto en actitud de desafío: piernas abiertas y manos en la cadera. Nunca antes un ser humano se había enfrentado a él. Enfadado, bajó la enorme cabeza a la altura del hombre. De una gran bolsa de cuero que portaba en bandolera extrajo un manojo de hierba verde y fresca que Jacinto olisqueó asombrado. Aceptó la comida y empezó a masticar con lentitud. Saboreó con placer cada hebra de aquel diminuto manojo. Era la mejor hierba que había probado nunca. En la cabeza de Jacinto explotaron sensaciones olvidadas: recordó a su compañera, a sus hijos, a sus padres, a la manada, cuando era feliz y vivía en libertad.

El hombre lo despertó del fugaz sueño. Le ofreció toda la hierba que guardaba en la bolsa. Contó que sabía de un lugar donde todo era vegetación de esa especie. Si le ayudaba a escapar, le mostraría el camino que llevaba hasta ese vergel apenas habitado, donde todos podrían rehacer sus vidas lejos de los Tiranosaurios asesinos. Jacinto miró fijamente a los ojos del hombre y bramó con toda su fuerza.

Llegaron al claro del bosque donde debía abandonarlos. Vio como el hombre que le dio la hierba se agarró con fuerza a una de sus patas y se alejaron del lugar unos metros. Los Tiranosaurios salieron de los escondrijos y atacaron a los humanos que empezaron a diseminarse aterrados. Chillaban y huían como ratas encerradas y ninguno escapó a las garras y dientes de las bestias. Jacinto aprovechó el descuido de su vigilante, obnubilado ante el espectáculo sangriento y relamiéndose por los restos que pensaba dejarían sus compañeros, para, al trote lento pero eficaz y con el hombre subido al lomo, comenzar la huida.

Fueron tres días y tres noches de penoso viaje. Cruzaron un desierto de arena negra, vadearon ríos sucios y pestilentes por los cadáveres de dinosaurios en sus orillas, lucharon contra un tigre de más de cinco metros de largo que huyó malherido por el

formidable golpe de cola de Jacinto y finalmente, subieron a una gran montaña desde donde divisaron un esplendoroso valle: limpio, húmedo, virgen, lleno de verdes, rojos, azules y marrones claros. Hasta el sol brillaba y calentaba más gracias a la ausencia repentina de nubes grises.

El hombre y el dinosaurio se habían convertido en amigos. Jacinto aprendió a confiar en él. Este le curó las heridas producidas en la pelea con el tigre, le enseñó a desenterrar raíces frescas y exquisitas que desconocía, y sobre todo hablaron de planes de futuro donde todos, Diplodocus y humanos, vivirían en paz y armonía. Además, prepararían una excursión para buscarle una compañera. Su raza no se extinguiría.

Pararon a descansar en la entrada de una gran cueva desde donde se avistaba el resplandeciente valle. El hombre hizo un pequeño fuego con el que envió un mensaje a su tribu: estaba de vuelta. Doce hombres llegaron una hora después. Se asustaron al encontrar la gran mole de Diplodocus dormida. El hombre convenció al jefe de la tribu de las posibilidades de vivir con un Diplodocus, de su enorme fuerza para derribar árboles con los que construir chozas, de la posibilidad de buscarle una hembra para reproducirlos en cautividad, de aprender a cabalgarlos para enfrentarse y acabar con la crueldad de los Tiranosaurios, de usarlos para dominar el mundo y a otras tribus de humanos que se desperdigaban por esas tierras. Y el gran jefe habló. Dio el visto bueno y decidió que había que vivir en paz con los Diplodocus.

Cuatro hombres del consejo, los más jóvenes, se reunieron en un aparte. No se fiaban de los dinosaurios, fueran o no carnívoros. Y ese enorme monstruo suponía tres meses de carne para la tribu, hartos como estaban de alimentarse a base de monos, pájaros y frutas. Hablaron con el gran jefe que se opuso con firmeza a sus planes. Recibió un tremendo golpe con una estaca de madera y allí murió. Ataron al hombre amigo del dinosaurio y le golpearon en la cabeza hasta dejarlo inconsciente. ¡Matarían al Diplodocus! Afilaron lanzas, cogieron piedras, prepararon dardos venenosos. Una roca voló. Un largo y lastimero bramido recorrió el valle. La lucha se perpetuó más de diez minutos.

Cuando el hombre despertó, todavía el dinosaurio estaba allí. (Monterroso)